

NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX (XI)

Luis Mateo Díez

De entre los narradores que inician su trayectoria literaria a comienzos de los pasados años setenta, uno de los que ha logrado construir una obra más singular y ambiciosa es, sin lugar a dudas, Luis Mateo Díez. Buena prueba de ello son novelas como *La fuente de la edad* (1986), *Camino de perdición* (1995), *El espíritu del Páramo* (1996) y *La ruina del cielo* (1999).

Luis Mateo Díez nace en 1942 y estudia en su Villablino natal con maestros formados en la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza, quienes le inculcan el placer y el valor de la lectura de los clásicos. A la vez, el joven disfrutaba de los calechos y filandones, relatos que al amor de la lumbre narraban sus vecinos del valle leonés de Laciana. Años después se licencia en Derecho y se instala en Madrid, donde ha compuesto gran parte de su obra.

Nos hallamos, pues, frente a un autor de la estirpe de los conscientes, profundo conocedor de la tradición narrativa, tanto de la popular como de la culta. Él mismo ha reconocido que se hizo escritor leyendo a Faulkner, aunque su ideal como narrador haya sido Kafka. Con Pavese aprende a reutilizar los mitos en historias que narran la vida cotidiana; y en Valle-Inclán, una concepción de la literatura sustentada en el lenguaje, vehículo siempre de pensamiento. Así, su principal reto co-



Fernando Valls es profesor de Literatura española contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, director de la revista *Quimera* y colaborador de la edición catalana del diario *El País*. Ha dedicado numerosos artículos a la obra de Luis Mateo Díez y editado *Los males menores* (2002). Próximamente se publicará su libro *Imaginación, memoria y palabra. La narrativa de Luis Mateo Díez*.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, →

mo escritor estriba en que la ficción sustituya a la memoria, que tienda a adquirir la mayor autonomía posible, deshaciéndose de aquellos asideros que la encadenan a la más explícita realidad. Por todo ello, el estilo de Luis Mateo Díez lo conforma su manera, el procedimiento más adecuado, de conseguir un determinado clima verbal.

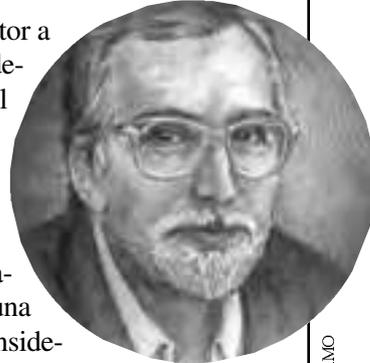
Después de unos primeros tanteos como poeta, en el grupo Claraboya, artífices entre 1963 y 1968 de una más que sugestiva revista literaria, se decanta definitivamente por la prosa narrativa, a lo largo de cuya trayectoria ha cultivado con fortuna, además de la novela, el microrrelato (*Los males menores*), el cuento (*Brasas de agosto*), la novela corta (*Apócrifo del clavel y la espina*, *La mirada del alma* y *El día - blo meridiano*) y lo que podría denominarse como ensayo ficcionalizado (*Relato de Babia*).

Con *Las estaciones provinciales* (1982) se inicia un ciclo que podríamos agrupar bajo el epígrafe de 'novelas de la búsqueda'. En esta obra, sustentada en una trama clásica y en personajes perfectamente perfilados, se narran las curiosas peripecias en las que se ve envuelto el periodista Marcos Parra, al descubrir la corrupción de las fuerzas vivas de su ciudad. Desde esta primera novela, el realismo crítico de Luis Mateo Díez es transgresor (su apuesta es por la realidad «compleja», «metafórica»), a lo que contribuye no poco la utilización de la ironía y el humor, supremos rasgos de lucidez y consuelo de sus habituales antihéroes. Su definitiva consagración como novelista le llega con *La fuente de la edad*, obra con la que consigue el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura. Se cuenta en ella las peregrinas aventuras de una Cofradía formada por cinco amigos que para paliar el aburrimiento caen en la tentación de buscar la fuente de la eterna juventud.

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, La filosofía, hoy y Economía de nuestro tiempo. 'Novelistas españoles del siglo XX' es el título de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado los ensayos *Luis Martín Santos*, por Alfonso Rey, catedrático de Literatura española de la Universidad de Santiago de Compostela (febrero 2002); *Wenceslao Fernández Flórez*, por Fidel López Criado, profesor titular de Literatura española en la Universidad de La Coruña (marzo 2002); *Benjamín Jarnés*, por Domingo Ródenas de Moya, profesor de Literatura española y de Tradición Europea en la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona (abril 2002); *Juan Marsé*, por José-Carlos Mainer, catedrático de Literatura española en la Universidad de Zaragoza (mayo 2002); *Miguel de Unamuno*, por Ricardo Senabre, catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de Salamanca (junio-julio 2002); *Gabriel Mirá* por Miguel Ángel Lozano Marco, profesor de Literatura española en la Universidad de Alicante (agosto-septiembre 2002); *Vicente Blasco Ibáñez*, por Joan Oleza, catedrático de Literatura española en la Universidad de Valencia (octubre 2002); *Eduardo Mendoza*, por Joaquín Marco, catedrático de Literatura española en la Universidad de Barcelona (noviembre 2002); *Ignacio Aldecoa*, por Juan Rodríguez, profesor titular de Literatura española de la Universidad Autónoma de Barcelona (diciembre 2002); y *Max Aub*, por Manuel Aznar Soler, catedrático de Literatura española en la Universidad Autónoma de Barcelona (enero 2003).

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

LUIS MATEO DÍEZ

FUENCISLA DEL AMO

Pero quizá la contribución más notable del autor a la narrativa española del momento fuera su adecuada destilación de diversos elementos del costumbrismo y del realismo, sin olvidar la sabia utilización del humor. Esta ambiciosa novela encierra, en suma, una fábula no menos satírica que corrosiva contra la mezquindad y el ensimismamiento de la vida provinciana en la España de los años cincuenta. Y, en una lectura más esperanzadora, también puede considerarse el texto como una guía de perplejos que señala una posible vía de escape, la de la ilusión, la fantasía, el mito o la quimera, de esa realidad que tan a menudo abrumba y se hace insoportable.

Las horas completas (1990) puede definirse, como luego tantas otras obras del autor, a manera de un cuento de cuentos construido sobre la metáfora del camino. Si algo se aprende en las obras de Luis Mateo Díez es que la auténtica vida anda siempre entre el humor y la tragedia, y resulta mucho más frágil y misteriosa de lo que pudiera parecer. Buena prueba de ello es lo que aquí se cuenta: el corto viaje que emprenden cinco religiosos una tarde de domingo a lo largo del Camino de Santiago. Lo paradójico es el contraste entre lo modesto del peregrino y los graves trastornos, físicos y espirituales, que les acarrea a los protagonistas. Esta novela aporta también un personaje inolvidable, el inquietante peregrino con el que se topan los sacerdotes, ese loco lúcido, tan frecuente en sus ficciones, que aquí nos hace pensar en lo endeble de la existencia humana.

A estas alturas de la trayectoria narrativa de Luis Mateo Díez, puede observarse ya cómo temas, motivos y estructuras se reiteran una y otra vez en ricas variaciones. De este modo, casi todas sus obras son relatos de antihéroes, en los cuales un viaje, una búsqueda, les proporciona sentido o aclara la existencia de los protagonistas. Así, las semejanzas entre el planteamiento y la estructura de su primera novela y *El expediente del naufrago* (1992) son evidentes: ambas se organizan a partir de pesquisas y digresiones, lo que lleva al protagonista a encontrarse consigo mismo. En el caso de la última novela citada, Fermín Bustarga, empleado del archivo municipal, al indagar en la vida del poeta Saelices acaba encontrándose con lo que podría llamarse la maravillosa mediocridad, en una novela que no sería impreciso tachar de existencial, de melancólica.

En 1995, con la publicación de *Camino de perdición*, empieza una nueva etapa en su obra, caracterizada por la utilización de un estilo más sencillo y depurado, menos barroco. Puede observarse también en ella

una cierta evolución, un enriquecimiento, que va del realismo a las fronteras de la fantasía, a lo onírico, así como del paso de un tiempo y una geografía real a otra inventada, símbolo –sin embargo– de aquélla. El tema predominante es el del destino humano que se presenta aquí en relación estrecha con el de la identidad. Así, el protagonista, el viajante de comercio Sebastián Odollo, es un hombre de escasa voluntad y –como tal– con un destino incierto, cuya existencia transcurre entre el desarraigo y la soledad. En la novela, que podría definirse como de carreteras y pensiones, de mujeres, amistad y alcohol, se narra el viaje que emprende Odollo en busca de un compañero perdido en la Campiña y las trampas que tiene que sortear hasta dar con él y poder encontrarse consigo mismo. El autor apuesta en estas páginas por la libertad personal; lo que se apunta, en suma, es que ni siquiera la dictadura franquista pudo con la libertad de vivir.

En las novelas que componen el ciclo del Páramo, con la última de esta trilogía, titulada *El oscurecer*, recién publicada, parte el autor de una geografía real para inventar mediante el lenguaje un territorio imaginario, unas historias de leyenda. *El espíritu del Páramo* (1996) recoge la sustancia de un mundo narrado y perdido. En el primer episodio se traza la geografía de la Llanura, del Páramo, un lugar que fue un vergel y se convirtió en un erial para luego renacer con la construcción de un pantano. La trama se inicia con la llegada de Rapano a Celama en 1947, un personaje que actúa como hilo conductor del relato. En la soledad de su oficio, Rapano es pastor, ha intentado comprender un mundo que no hay quien entienda, de ahí que se lamenta del espíritu gregario y del egoísmo humano, de la uniformidad de las vidas, de lo que pudo haber sido y no fue al llegar el agua a la comarca. Pero es la quinta historia, aquella que narra el último y «caprichoso viaje» del viejo Venancio Rivas, la que sintetiza el espíritu del conjunto. En la larga agonía del anciano, su postrer deseo consiste en recorrer «algo de lo que más me gusta de Celama». De este modo, en compañía de su hija Menina, la Cordelia muda de este Lear del Páramo, la exclamación final del anciano, «Páramo de mi vida...», condensa todo el sentido de este capítulo, así como del conjunto del libro: el dolor por la pérdida de ese erial que casi nada vale, pero que fue su vida.

La ruina del cielo, quizá su mejor novela, surge de la propia evolución de su obra. Se construye utilizando el añejo artificio del «manuscrito encontrado». En esta ocasión, el doctor Ismael Cuende se interesa por los papeles que había dejado uno de sus antecesores en el cargo. Con ellos, no sólo intenta reconstruir la vida de los habitantes del Páramo sino conocer al autor de la documentación. El humor preside gran parte de los sesenta y ocho breves capítulos que componen una obra

LUIS MATEO DÍEZ

plagada de disparatados personajes, que a menudo tienen nobles objetivos, aunque en raras ocasiones consigan el poder o la fortuna. Pero quizá lo más digno de ser destacado sea que el autor utiliza la ficción para restituir la memoria y reivindica la vida vivida con intensidad y lucidez, más allá del tiempo, del espacio, pero también del no siempre afortunado destino de unos personajes condenados a perder desde que nacen. En el cómputo global de la narración, la amistad, la bondad y las pasiones se imponen a la injusticia, la desgracia o la muerte.

Esta trilogía que podría haberse titulado también *Ciclo de la pérdida* se cierra con *El oscurecer (Un encuentro)* (2002). Lo que se relata ahora es el encuentro de tres huidos cerca del apeadero de una estación de tren: un Viejo que vaga por el campo obsesionado por el tiempo, la vejez y la muerte; un perro vagabundo y el joven Lito, a quien su padre ha expulsado de la casa y ahora persigue la justicia. Los temas de esta obra son la decadencia mental y física que supone la vejez y todas las tribulaciones que trae consigo: la soledad, el peso que adquieren las cosas y –sobre todo– la pérdida de la libertad.

Esta inquietante fábula que transcurre en el presente se articula sobre dos movimientos opuestos pero simbólicamente complementarios, el del Viejo que quiere volver a Celama y el del joven Lito que intenta huir. Pero quizá sea en los diálogos que el Viejo entabla con los varios desdoblamientos de su conciencia, con el perro y con Lito donde se advierte mejor la maestría del autor.

No quiero olvidarme de *El paraíso de los mortales* (1998), su penúltima novela, que puede definirse como iniciática. En ella, el joven Mino Mera, aprovechando que su familia se ha ido de vacaciones y lo ha dejado estudiando en su casa, traspasa el denso y monótono espejo de la realidad para adentrarse en un mundo sorprendente (el de la Península La Eternidad y el de la Ribera del Edén, donde se halla el paraíso de los mortales, habitado por las Melchoras, las tres gracias del río Nega), en busca de su misterioso tío Fabio Mera. Los protagonistas de esta obra son de aquella misma estirpe de la que a menudo suele servirse el autor: seres lúcidos con vidas al margen, pero con una conciencia libertaria que los vuelve inconformistas con lo poco que tienen, pues intentan exprimirle al mundo las escasas gotas de satisfacción que éste les proporciona. Toda la clave del relato puede resumirse en el comentario de Eterna: «Siempre hay esperanza en el misterio, la vida no puede ser sólo lo que vemos y tocamos».

Libro a libro, consciente de sus posibilidades literarias, Luis Mateo Díez ha intentado siempre ir un poco más allá, procurando ensanchar el territorio de sus ficciones; afinar la prosa, adaptándola a las exigencias de cada una de sus obras. Cultivador del realismo, con la bien

aprendida lección de los mejores maestros del XIX, ha enriquecido aquel marco cultivando lo que él ha llamado un «realismo sin límites». Ha explorado los recovecos de los géneros narrativos y, como casi todos los grandes escritores contemporáneos, ha barajado con suma habilidad la práctica y la reflexión teórica; buena prueba de esto son los libros *El porvenir de la ficción* (1992) o bien *Las palabras de la vida* (2000).

Podríamos afirmar, a modo de conclusión, que Luis Mateo Díez realiza el siguiente recorrido: parte de una realidad legendaria, la del *Apócrifo del clavel y la espina* (1977); se instala después en la España de la provincia, en los años cincuenta (*Las estaciones provinciales* y *La fuente de la edad*), de la que se aleja progresivamente para construir un territorio cada vez más simbólico y metafórico, hasta conseguir crearse un mundo, un espacio propio, la Celama de *El espíritu del Páramo* y *La ruina del cielo*, donde podemos hallar seres que provienen de los cuentos populares, pero también de las obras de Cervantes y Shakespeare. Su operación estética estriba en el enriquecimiento de la tradición realista mediante la utilización de un lenguaje rico, culto y preciso; de unas narraciones sustentadas en el diálogo y en la complicidad del narrador con sus protagonistas y, en fin, por medio del uso de una particular visión de la realidad distorsionada por los sueños. No contribuye poco a ello el empleo que hace de todos los géneros narrativos (microrelato, cuento, novela corta y novela); de sus peculiares ensayos, a menudo trufados de componentes ficticios, o bien del apócrifo. Especial relevancia poseen sus singulares personajes, quienes se enfrentan a la realidad siempre con extrañeza y asombro, quizá porque sus esperanzas no les conducen mucho más allá de la mera supervivencia. Utiliza con este propósito el recurso del humor, del vitalismo, donde la bebida, el amor y la sexualidad desempeñan un papel principal. Sus personajes son seres inadaptados, inconformistas, antihéroes, en suma, que se pasan la vida huyendo, indagando, dudando, y en ese ir y venir en pos de alguna quimera, en ese vagar, es cuando encuentra sentido su existencia. Sus peripecias resultan, con frecuencia, más mentales que físicas, además tienen que inventarse una vida, autoengañarse, ya que la existencia real es poco gratificante. Si algo queda claro en la obra de Luis Mateo Díez es que lo universal nada tiene que ver con lo cosmopolita y que en el último pueblo perdido se hallan todas las historias posibles.

Todo este importante bagaje literario ha convertido a Luis Mateo Díez en uno de los principales protagonistas de la literatura, de la novela española, de estas últimas décadas; no en balde ha cumplido con creces el ideal de fundar un nuevo universo literario con su palabra medida. □